



UNA MISMA FAMILIA

MIGRACIÓN Y MESTIZAJE

TEXTO DE FELIPE GARRIDO
ILUSTRACIONES DE MAURICIO GÓMEZ MORIN



FELIPE GARRIDO estudió la licenciatura en Letras Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en donde ha sido profesor desde 1975. Ha sido director de Literatura del INBA, de la Unidad de Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública; gerente de producción del Fondo de Cultura Económica, de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM y de la Dirección General de Publicaciones del CNCA. Ha colaborado en diversas publicaciones periódicas, entre ellas, la *Casa del Tiempo*, *Diálogos*, *Diálogo Cultural entre las Fronteras de México*, *La Gaceta del FCE*, *La Luciérnaga*, *La Palabra* y *El Hombre*, *Libros de México*, *Mascarones*, *Memoria de Papel*, *México en el Arte*, *Paréntesis*, *Pie de Página*, *Proceso*, *Revista de Bellas Artes*, *Revista Universidad de México*, *Sábado*, *Siempre!* y *Tierra Adentro*. Desde 2013 es presidente de la Sociedad Alfonsina Internacional (SAI).

Narrador, ensayista y cronista. Entre sus obras destacan *Tajín y los siete truenos*, 1982; *Cómo leer (mejor) en voz alta: guía para contagiar la afición a leer*, 1990; *La musa y el garabato*, 1992; *Se acaba el siglo, se acaba...*, 2000; *Para leer mejor: mecanismos de lectura y de la formación de lectores*, 2004; *Asombro del Nuevo Mundo*, 2008; *La patria en verso*, 2012; *El Quijote para jóvenes*, 2013; *El coyote tonto*, 2013, y *El buen lector se hace, no nace*, 2014.

Ha sido galardonado con los premios: Juan Pablos 1982; el de Traducción Literaria Alfonso X 1983; el de la Organización Internacional para el Fomento del Libro Infantil 1984; inclusión en la lista de honor del IBBY del libro infantil con *Leción de piano* escrito en 2004; el premio Los Abriles, por *La urna y otras historias de amor*, y en 2011, el Premio Xavier Villaurrutia por *Conjuros*. En 2015 obtuvo el Premio Nacional de Ciencias y Artes en el campo de lingüística y literatura; en 2016 y en 2018, el Premio Granito de Arena, otorgado por la Secretaría de Cultura de Jalisco. Desde 2004 forma parte de la Academia Mexicana de la Lengua y es integrante de su comité de dirección.

UNA MISMA FAMILIA
MIGRACIÓN Y MESTIZAJE

Instituto Nacional Electoral

Consejero Presidente
Dr. Lorenzo Córdova Vianello

Consejeras y Consejeros Electorales
Mtra. Norma Irene De la Cruz Magaña
Dr. Uuc-kib Espadas Ancona
Dra. Adriana Margarita Favela Herrera
Mtro. José Martín Fernando Faz Mora
Carla Astrid Humphrey Jordan
Dr. Ciro Murayama Rendón
Mtra. Dania Paola Ravel Cuevas
Mtro. Jaime Rivera Velázquez
Dr. José Roberto Ruiz Saldaña
Mtra. Beatriz Claudia Zavala Pérez

Secretario Ejecutivo
Lic. Edmundo Jacobo Molina

Titular del Órgano Interno de Control
Lic. Jesús George Zamora

Director Ejecutivo de Capacitación
Electoral y Educación Cívica
Mtro. Roberto Heycher Cardiel Soto

Una misma familia. Migración y mestizaje
Primera edición, 2022

Texto: Felipe Garrido
Ilustraciones: Mauricio Gómez Morin
Coordinación editorial: Teresa Vicencio Álvarez
Edición: Ana Arenzana
Investigación: María Elena Álvarez Bernal
Corrección de estilo: Martha Elena Lucero
Diseño: Juan José Colsa

D.R. © 2022, Instituto Nacional Electoral
Viaducto Tlalpan núm. 100, esquina Periférico Sur,
col. Arenal Tepepan, 14610, Ciudad de México

ISBN obra completa impresa: 978-607-9218-99-7
ISBN volumen impreso: 978-607-8790-93-7
ISBN obra completa electrónica: 978-607-8697-42-7
ISBN volumen electrónico: 978-607-8790-73-9

Impreso en México/ *Printed in Mexico*

Distribución gratuita. Prohibida su venta

UNA MISMA FAMILIA

MIGRACIÓN Y MESTIZAJE

Texto de Felipe Garrido
Ilustraciones de Mauricio Gómez Morin

PRESENTACIÓN

Una misma familia. Migración y mestizaje es una propuesta literaria que se suma a la colección **Árbol** y que el Instituto Nacional Electoral pone al alcance de niñas, niños y adolescentes con la intención de difundir de forma sencilla y amena temas de formación ciudadana y valores democráticos.

Esta publicación se inscribe en el marco de la Estrategia Nacional de Cultura Cívica 2017-2023 (ENCCÍVICA), que a través de sus ejes temáticos se propone contribuir a la mejora de nuestra calidad de vida en sociedad, en tanto ciudadanía con derechos y deberes. En ese contexto, se busca incentivar la participación activa de las y los más jóvenes en los asuntos de interés público, a fin de que se conviertan con el paso de los años en actores relevantes de la vida política de nuestro país.

El texto que ofrecemos aborda la migración como una constante en la historia de la humanidad y de quienes dejan su lugar de origen en busca de oportunidades; por lo tanto, en el camino es posible que los seres humanos entrelacen vínculos de solidaridad y afecto. Hoy en día las y los migrantes nacionales e internacionales son grupos vulnerables, pues a su condición de pobreza en sus lugares de origen se suma el desarraigo y el agravamiento de su precariedad social. Pretendemos que las y los jóvenes sean sensibles a este fenómeno con una mirada desde los derechos humanos consagrados en nuestra Constitución.

Este relato literario, magistralmente ilustrado, es una oportunidad para disfrutar la lectura en familia o entre amistades. La historia, a la que el autor le ha añadido un gran valor testimonial, está pensada en particular para estudiantes de secundaria, pero puede ser atractiva para personas de cualquier edad. Las y los lectores podrán reflexionar sobre la migración como una serie de movimientos fundamentales en la historia de la humanidad.

Las páginas finales del libro incluyen el apartado “Para reflexionar y dialogar”, destinado a que los y las adolescentes, en solitario o con el apoyo de alguna persona adulta cercana, conozcan los marcos normativos más elementales y puedan concluir en que es posible construir un mundo más equitativo entre todas las personas, a partir de las mezclas resultantes de las migraciones actuales.

Un mundo deshabitado

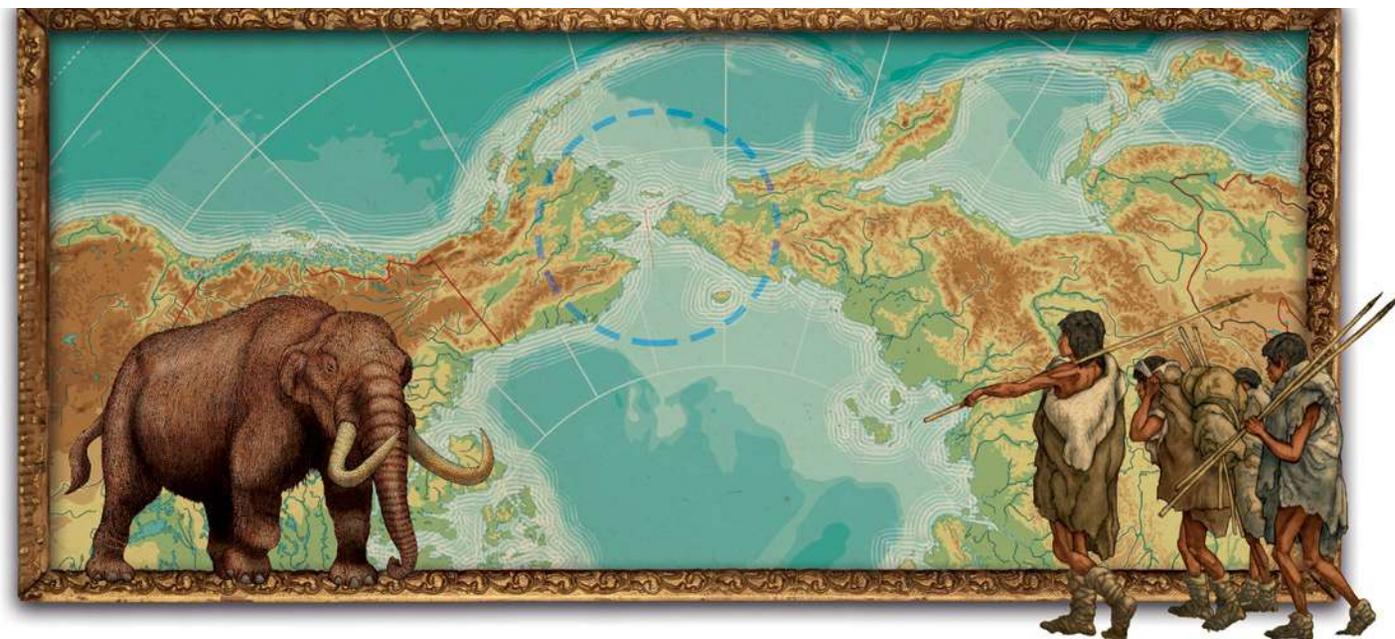
Estos cuatro hombres que vemos aquí, en primer plano, y los tres que aparecen a lo lejos, están cruzando el estrecho de Bering. Están pasando de Asia a América, de Siberia a Alaska. Ellos no lo saben. Ellos exploran por primera vez un mundo deshabitado, en busca de un lugar para vivir. Según lo que sabemos, los seres humanos surgieron en África, y a partir de ahí, a lo largo de muchos miles de años, se fueron esparciendo por el mundo.

En 1987, los investigadores Rebecca Cann, Mark Stoneking y Allan Wilson, en un artículo publicado en la revista británica *Nature*, confirmaron una teoría que circulaba desde tiempo atrás: nuestra especie, el *Homo sapiens*, tuvo su origen en África, hace entre 140 mil y 290 mil años. De allí, poco a poco, a lo largo de milenios, los seres humanos hemos ido emigrando, cada vez más lejos, en todas direcciones... incluido el espacio exterior.

Lo hemos hecho porque somos curiosos. Queremos conocer, descubrir, saber qué hay más allá... Somos ambiciosos; esperamos descubrir una mina, un yacimiento de petróleo... Somos inconformes y nos parece que siempre merecemos más de lo que tenemos. Así nos educamos: para saber más, conocer más, tener más, vivir en un mejor lugar. Eso es lo que, poco a poco, en todas direcciones, a partir de África, fueron haciendo nuestros antepasados. Sin darse cuenta, fueron pasando de un continente a otro y un día, sin saberlo, comenzaron a adentrarse en estas tierras que hoy llamamos América.

Lo que iban buscando era un lugar donde el clima fuera propicio, donde hubiera agua... animales para cazar... vegetales, granos, frutos para recolectarlos... cuevas, o plantas para techar algún espacio y protegerse del sol y de la lluvia. Allí se establecían. Muchas veces seguían a los animales de los que se alimentaban. Cuando la población crecía, cuando había un gran temblor, una inundación, una erupción, un conflicto grave, se desprendían del grupo nuevas bandas, unas cuantas familias que dejaban ese sitio y buscaban otro donde pudieran asentarse.





Tres posibles rutas

Estos hombres que aquí vemos son migrantes: están saliendo, emigrando del continente asiático, y están entrando, inmigrando en el continente americano. El mural donde Iker Larrauri pintó a estos remotísimos antepasados nuestros, en 1964, está en la Sala del Poblamiento de América, del Museo Nacional de Antropología e Historia, en Ciudad de México.

Como puedes ver en el mapa que está a su lado, el estrecho de Bering se encuentra entre el extremo noroccidental de América y el extremo nororiental de Asia. Comunica el mar de Chukotka, al norte, con el mar de Bering, al sur. Su anchura es de casi 83 kilómetros. Hoy en día es imposible recorrerlo a pie. Pero en el Pleistoceno, una de las etapas en que se

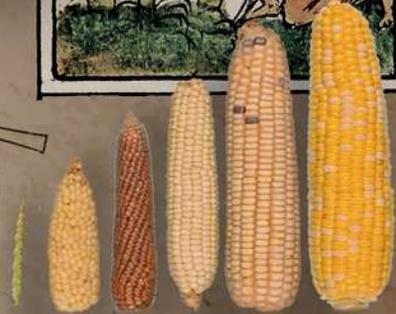
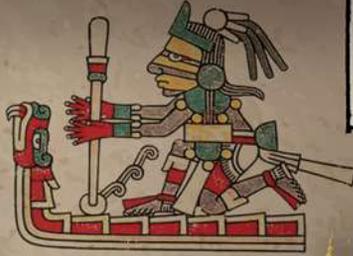
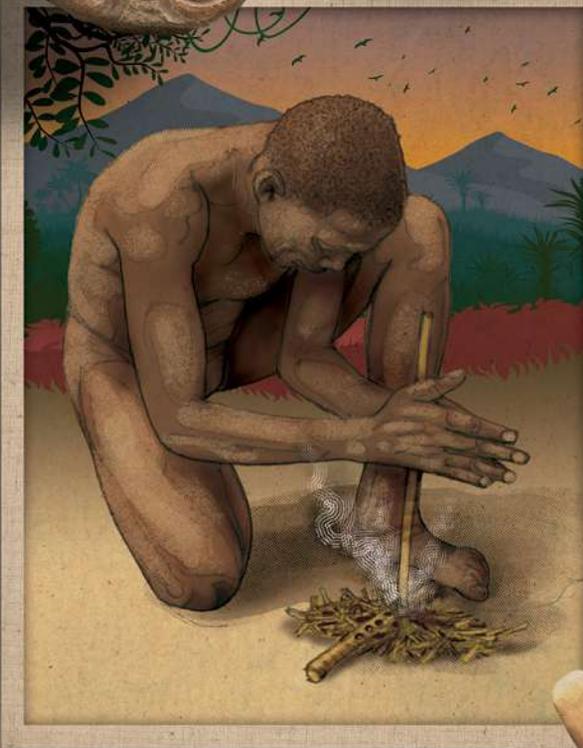
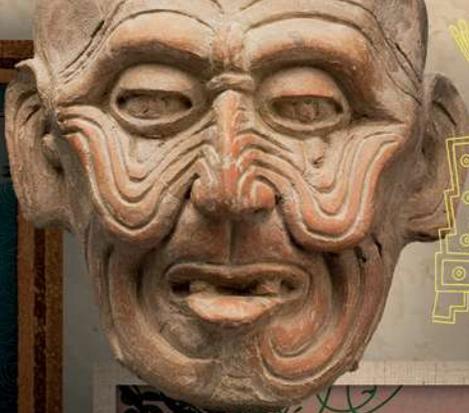
divide la prehistoria, ocurrió una de las glaciaciones que la Tierra ha vivido. La temperatura del planeta bajó en tal forma que los casquetes de hielo que cubren los polos crecieron enormemente; esas capas heladas se formaron con el agua de los océanos; el nivel del mar bajó y dejó al descubierto grandes extensiones de tierra que los seres humanos pudieron recorrer a pie.

Un día los *Homo sapiens* comenzaron a preguntarse sobre el origen del mundo, el misterio de la muerte, la vida sobrenatural. Crearon dioses, mitos y leyendas para explicarse todo eso. Conquistaron el fuego; aprendieron a leer los movimientos de los astros; comenzaron a conocer las virtudes de las tierras, las aguas, las yerbas; a cultivar algunas plantas y a domesticar ciertos animales. Nacieron la agricultura y la ganadería. En madera, hueso, piedra, barro comenzaron a tallar armas, instrumentos para escarbar y cortar; vasijas, cuencos, canastos. Se fueron haciendo sedentarios; nacieron las ciudades. Ya no fue tan fácil cambiar de lugar. Construyeron sistemas de riego; habitaciones de barro, madera, piedra; templos para los dioses y los sacerdotes; palacios para los gobernantes y los encumbrados, los dueños del comercio y de las tierras... Comenzaron a tejer el ixtle, el algodón, la seda... A trabajar la madera, el barro, la piedra, los metales; nació el hechizo de las perlas, las piedras preciosas, las plumas, las garras y las pieles, la plata y el oro.

Pero no debemos olvidar que los seres humanos nacieron nómadas. Desde nuestro más remoto origen hemos sido migrantes. Los que dejan un lugar salen de él, emigran, van hacia afuera, son emigrantes. Los que llegan a un lugar entran en él, inmigran, van hacia dentro, son inmigrantes.

En el mapa de la siguiente imagen se ven tres posibles rutas para pasar del Oriente a América. Una es la del extremo sur, por la Antártida. Otra cruza el océano Pacífico. Surcando sus aguas pudieron llegar a América algunos habitantes de las muchas islas que hay en esos mares. Muy posiblemente de manera accidental, arrastrados por las corrientes marinas. La tercera, a través del estrecho de Bering, se tiene por segura. La antigüedad de los diversos sitios arqueológicos encontrados en el continente muestra que América fue poblada de norte a sur.





Historias de familia

“Siempre que vean un cocodrilo en la calle —decía de pronto el abuelo, casi gritando, porque era medio sordo—, lo que tienen que hacer es calmar la temblorina y salir disparados. Pero jamás en línea recta, porque levantan la cola, se alzan en las patas, y son veloces como la fregada. Y no se rían, porque a mí ya me pasó dos veces: una en Mazatlán, en el malecón, cuando estábamos —había muchísima gente— viendo cómo se ponía el sol; y la otra en el Zócalo, en Ciudad de México, cuando estaba bajándome de un taxi frente a Catedral. Si llueve hay que tener cuidado: los cocodrilos se esconden en los charcos. Allí se quedan quietos, agazapados en el agua oscura, con los ojos de fuera, esperando que alguien pase”.

Era calvo el abuelo. Usaba trajes de lino, sombrero de paja y camisas floreadas, como si viviera en la costa. Daba clases de piano, clases de francés, clases de matemáticas —era maestro— y le gustaba caminar. Cuando iba con él por las calles de Torreón, me apretaba la mano y me decía: “Alerta, alerta, chamaco: charco a la vista”.

El abuelo era español. Había nacido en España. España es muy fácil de encontrar en un mapa del mundo. Está a la derecha de México, del otro lado del mar, del océano Atlántico, arribita de África, que es enorme, casi tan grande como América.

No sé dónde nació mi abuelo, pero cuando mi padre llegó al mundo la familia vivía en Miravalles —Ugao-Miraballes se llama el pueblo en el idioma de los vascos, el euskera o vascuence—, una aldea que tiene, actualmente, menos de cinco mil habitantes y que está a unos cuantos kilómetros de Bilbao, en el norte de la península ibérica. Su esposa, mi abuela, Leonor Salazar era, como lo prueba su apellido, de familia vasca. Pero el Garrido de mi abuelo es castellano, lo que significa que en algún momento sus antepasados dejaron el centro de aquel país para irse a vivir al norte. Mi abuelo, pues, era un inmigrante. Su familia dejó el lugar donde vivía para irse a instalar en otro sitio.

Mi abuelo era un hombre inquieto, de espíritu aventurero, un emprendedor. Y un día fue invitado, por gente que lo conocía, a cruzar el mar para ir a América. A una ciudad que hasta entonces ni siquiera había oído nombrar: Torreón.

En aquellos años, a principios del siglo XX, Torreón se había convertido en la ciudad más rica de La Laguna, una región que está parte en Coahuila, parte en Durango: tiene buenas tierras, dos ríos interiores —el Nazas y el Aguanaval— y, desde septiembre de 1883, una línea del Ferrocarril Central Mexicano que la comunica con el mundo.

Treinta y tres años antes, a orillas del Nazas, que allí marca la frontera entre Coahuila y Durango, había sido fundado el rancho de Torreón; que en ese tiempo tenía menos de doscientos habitantes. Allí se construyó una estación para el ferrocarril y alrededor de ella, en muy poco tiempo, creció una ciudad. Dedicada sobre todo al cultivo del algodón, que en ese tiempo tenía un precio muy alto, La Laguna pasó a ser muy, muy próspera. De inmediato llegaron a vivir en ella familias de Zacatecas, Durango, Nuevo León, Palestina, Francia, Holanda, España, Estados Unidos, China, Líbano, Japón... Miles de inmigrantes. Muchos agricultores —de algodón y de otros cultivos— prosperaron, y con ellos lo hicieron los comerciantes, los ganaderos, los proveedores de todos esos servicios que necesita una población. El 15 de septiembre de 1907 la villa de Torreón fue elevada a la categoría de ciudad; tenía casi treinta mil habitantes. El algodón era el oro blanco.

Benito Garrido, mi abuelo, llegó a Veracruz, procedente de Bilbao, un decenio después, el 9 de diciembre de 1917. Año de terremotos y de guerras; en México se peleaba la Revolución y en Rusia, la revolución bolchevique; la Primera Guerra Mundial assolaba Europa. Mucha gente, cientos de miles, huía de las ciudades devastadas y los frentes de batalla. La pobreza, la falta de oportunidades para estudiar y trabajar, las guerras, las organizaciones criminales, los gobiernos dictatoriales, la violencia obligan a pueblos enteros a dejar el lugar donde viven para buscar otro. Lo vemos suceder en nuestros días, en nuestra América, en nuestro país.





San Miguel Ferris

Castillo

DE MÉXICO A CHICAGO Y NUEVA YORK

El Ferrocarril Central Mexicano.

Avenida de Hidalgo, Torreon.

Esta población y la de Gómez Palacio, a donde es más tarde, están muy cerca.

Torreon, 29 Junio 1908.

Avenida Hidalgo, Torreon, Coah.

MA 28 C

GOSSYPIUM BARBADENSE γ
Island Cotton or Short Stapled Cotton





Braceros, indocumentados y desplazados

Por causa de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), muchos jóvenes estadounidenses fueron reclutados para que fueran a pelear o para que se incorporaran a la industria militar, con lo cual creció la demanda de mano de obra en los Estados Unidos. Muchos mexicanos lo aprovecharon.

En ese tiempo se les llamó braceros porque aportaban la fuerza de sus brazos. Muchos cumplieron con los requisitos legales, pero otros prefirieron o tuvieron que entrar de manera ilegal. El río Bravo era la barrera principal y ellos lo cruzaron: se les llamó espaldas mojadas o, simplemente, mojados —ahora llamamos indocumentados a quienes entran ilegalmente a otro país—. Sus dramáticas peripecias le dieron tema a un enorme novelista, Luis Spota, para publicar en 1948 una obra que sigue cautivando a los lectores: *Murieron a mitad del río*.

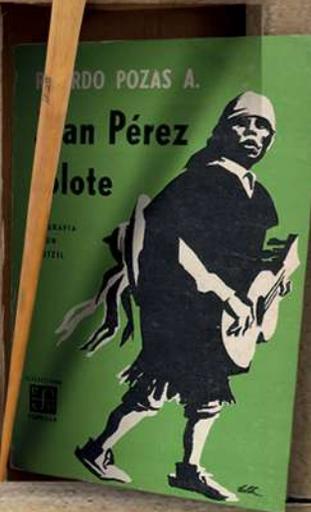
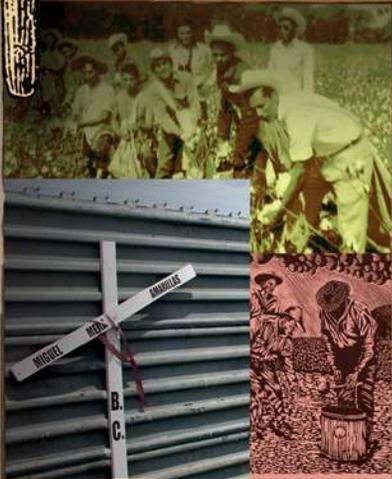
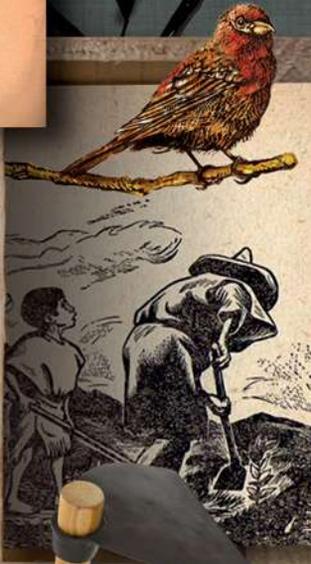
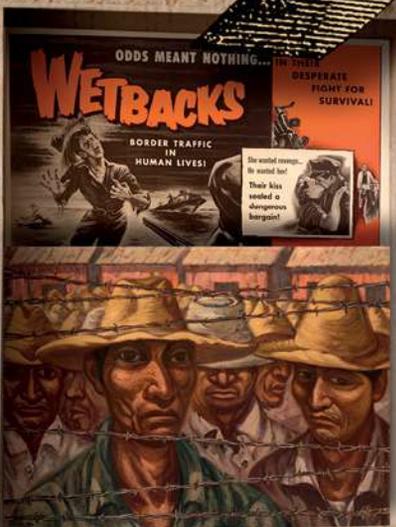
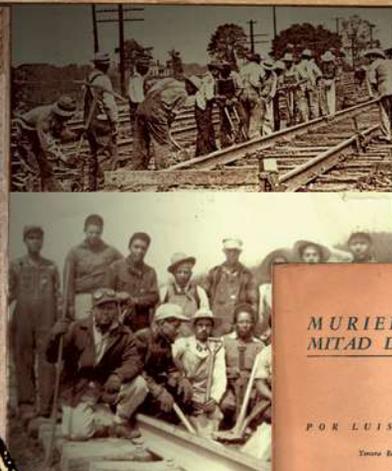
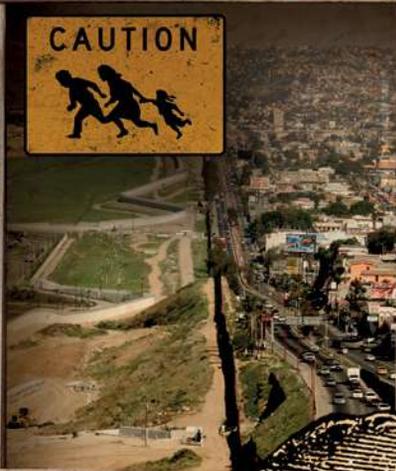
(Abro un paréntesis para recomendarte un libro, otro libro —todo está en los libros—: *Juan Pérez Jolote* cuenta cómo, durante la Revolución de 1910, un tzotzil que vivía en Chiapas es levantado por la leva —la práctica de secuestrar a jóvenes para alistarlos por la fuerza en algún ejército—. Su autor es Ricardo Pozas; lo publicó el Fondo de Cultura Económica en 1952 y a la fecha tiene más de 30 reimpressiones. Llevado de un lado a otro por la revuelta, Juan Pérez Jolote recorre casi todo el país; hasta que la Revolución amaina y la vida lo lleva a un lugar donde puede echar raíces. Hay mucho que aprender con la lectura de esta obra, que nació como un trabajo de investigación antropológica.)

(Abro otro paréntesis para recordarte ahora un cuento de Juan Rulfo, “La cuesta de las comadres”. Está en su libro *El Llano en llamas*. Si ya lo leíste, felicidades, y es tiempo de que vuelvas a leerlo —la relectura es más importante que la primera lectura—. Si no lo has leído, ya va siendo hora, porque es una maravilla. Narra las andanzas de dos hermanos apellidados Torrico que son asaltantes y asesinos, y cómo sus crímenes provocan que sus vecinos terminen por irse de allí. Escribe Rulfo:

Ya para entonces quedaba poca gente entre los ranchos. Primero se habían ido de uno en uno, pero los últimos casi se fueron en manada. Ganaron [se marcharon] y se fueron, aprovechando la llegada de las heladas. En años pasados llegaron las heladas y acabaron con las siembras en una sola noche. Y este año también. Por eso se fueron. Creyeron seguramente que el año siguiente sería lo mismo y parece que ya no se sintieron con ganas de seguir soportando las calamidades del tiempo todos los años y la calamidad de los Torricos todo el tiempo.

Esto sigue sucediendo en nuestros días. En ocasiones, la violencia ha provocado, en las sierras de Michoacán, Guerrero, Oaxaca, en otros sitios igualmente apartados, que los pobladores de algunas comunidades muy pequeñas, donde no hay quien se encargue de mantener el orden, tomen sus animalitos y sus muy escasas pertenencias, y busquen acercarse a poblaciones mayores. Son desplazados que se ven obligados a emigrar.)







Razones de amor y conveniencia

Las guerras han provocado siempre desplazamientos y migraciones, lo mismo de multitudes, de pueblos enteros, que de mujeres y hombres empeñados en salir adelante.

Una nueva amenaza de los ejércitos turcos contra Palestina —es larga la historia de sus conflictos—, en los albores del siglo XX, motivó que la familia de Salvador, un muchacho de 14 años, para protegerlo de la leva, le pusiera 40 dólares en el bolsillo y lo embarcara rumbo a América. Por razones sanitarias, no se autorizó que los pasajeros desembarcaran en Nueva York. Lo hicieron en Tampico, donde un viejo palestino que ya tenía muchos años en México los orientó para que pudieran recibir ayuda de otros paisanos. Salvador fue a dar a Monterrey. Vendiendo en la calle barilla —artículos de mercería— inició una exitosa carrera de comerciante que lo llevó, tras muchos años de trabajo, a ser dueño de varias casas, de un hotel, de vagones de ferrocarril...

Años antes, en un viaje de trabajo, una noche de lluvia llegó a una posada en Durango, medio destartada. La dueña tenía dos hijas quinceañeras, tan hermosas que temía lo que

podiera sucederles si algún grupo de revolucionarios tomaba la ciudad. Así que estaba desmantelando su negocio para irse con sus hijas a la sierra, donde estaba la familia. Salvador estaba cansado, y no le importó que ya no hubiera roperos ni sillas. Al día siguiente, para peinarse, aprovechó su reflejo en una ventana a la que se acercó en el momento en que cruzaba el patio Sara, una de las muchachas. Le bastó verla para quedar prendado.... No voy a contar los detalles; el asunto terminó en boda; Sara y Salvador se establecieron en Durango, tuvieron siete hijos —la menor de ellos doña Sonia, mi esposa— y pasaron luego a Torreón.

Patricia, una chilanga encantadora, activa, desenvuelta, experta en computación y en gestiones culturales, tropezó en internet con Steve, que vivía en alguna ciudad del centro de los Estados Unidos dedicado al psicoanálisis, a escribir cuentos para niños y libros de orientación espiritual. Los correos fueron y vinieron; las llamadas se hicieron cada vez más frecuentes; el zoom, el WhatsApp, el Facebook colaboraron. Steve vino a México para conocer a Patricia fuera de la pantalla; Patricia viajó al norte para conocer la casa de Steve... ahora viven juntos en algún sitio de Morelos.

También el amor tiene que ver con las migraciones.

El mundo digital es cosa de nuestros días, pero pactar una boda a distancia es tan antiguo como la humanidad. Siempre los matrimonios han servido para establecer alianzas: entre dos reinos, dos familias, dos firmas comerciales... y a menudo sucede que, aunque no sean príncipes, ni grandes negociantes... los emigrantes, cuando deciden casarse, buscan hacerlo con alguien de su tierra.

Una de mis abuelas —tengo muchas, me encantan; conforme acumulan años van siendo más sabias, más curiosas y divertidas—; una de mis abuelas, pues, conoció a su futuro marido por correo. Un muchacho de su pueblo, en España, que llegó a Cuernavaca con un tío que tenía ferreterías. Cuando el joven comenzó a prosperar pensó que era tiempo de casarse y comenzó a enviar cartas a sus paisanas, las muchachas de las que se acordaba. Igual que la internet, aunque algo más lento. Las cartas fueron y vinieron, y seis o siete meses después, María Luisa —así se llama esta abuela mía— abrazó por primera vez a su marido —ya se

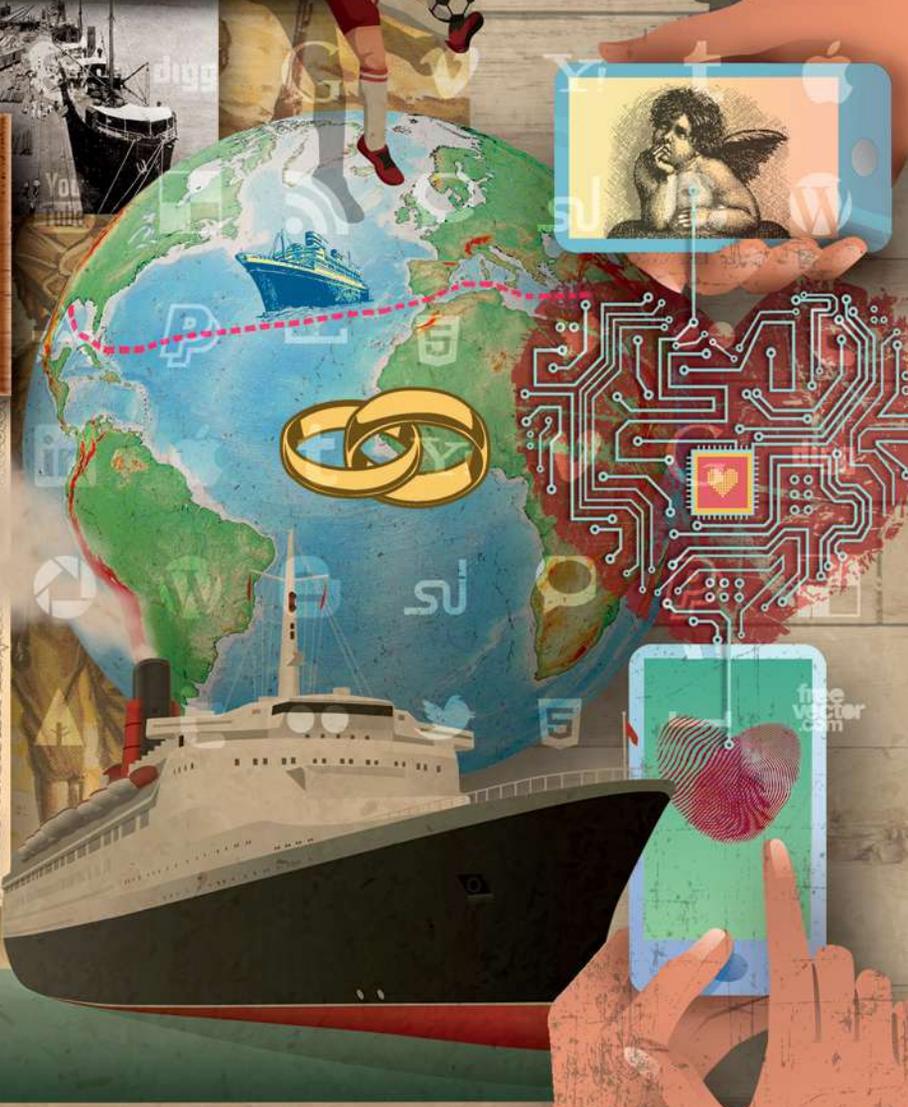
habían casado por poder, como se dice— en uno de los muelles de Veracruz, a donde el galán había llegado tres días antes para esperarla.

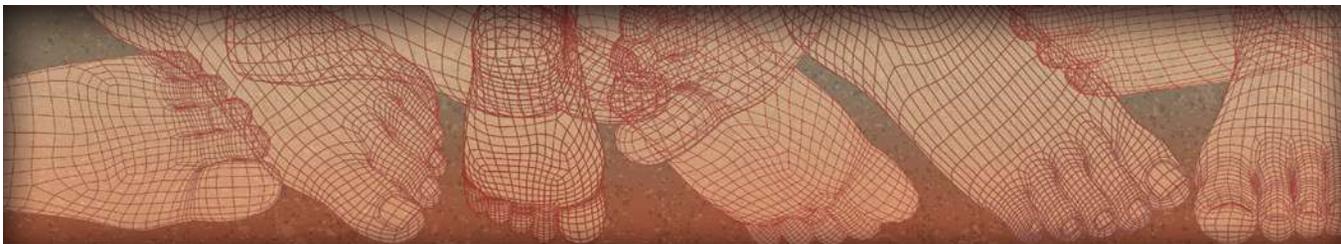
Vuelvo a mi abuelo: Don Benito llegó a Veracruz en 1917, cuando tenía 31 años, sin la familia, para instalarse con mayor libertad de movimiento. En Miravalles había dejado a su mujer, doña Leonor, y a sus tres hijos: Angelita, Ignacio y Victoria. Ellos lo alcanzaron casi cinco años después, en octubre de 1922. En muchos casos de migrantes esta estrategia se repite. Ignacio, mi padre, era un mocoso que acababa de cumplir ocho años y que hablaba sólo euskera; su madre no había podido amamantarlo y él había crecido en brazos de una nodriza, en un pueblito cercano a Miravalles, donde muy pocos hablaban español. Mi padre tuvo que llegar a Torreón para aprender a hablar español.

Mientras tanto, otros dos migrantes habían llegado a La Laguna. Guadalupe Reyes venía de Durango, y José Reyes —llevaban el mismo apellido, pero no eran parientes— de Monterrey. Se conocieron en un hospital de Ferrocarriles al que José, ferrocarrilero, llegó con pulmonía y donde ella —madre ya de un niño y una niña— era cocinera. Se conocieron, se trataron, se enamoraron, se casaron y tuvieron dos hijos: María de los Ángeles —mi madre— y José, el tío Pepe, gran guitarrista y dueño de la más estridente y gozosa carcajada que yo he escuchado.

Andando el tiempo, María de los Ángeles Reyes Reyes —secretaria en la Cámara de Comercio— e Ignacio Garrido Salazar —contador, el más formidable futbolista que haya pisado La Laguna—, se conocieron, trataron, enamoraron, casaron y tuvieron un hijo —mi hermano Ignacio— que murió pocos días después de su nacimiento. Un golpe irreparable para nuestra madre, quien murió llorándolo siete décadas más tarde.

Los tiempos cambiaron, La Laguna sufrió altibajos en el proceso de asimilar las consecuencias del reparto agrario del presidente Cárdenas, y los patrones de mi padre buscaron nuevos lugares para seguir adelante con sus negocios. Mi padre fue a Guadalajara para abrir una fábrica de huaraches. Cuando se instalaron en su nueva ciudad mi madre iba embarazada. Yo nací en la calle de Hospicio, en casa, en el edificio donde vivían mis padres, una de las construcciones que fueron arrasadas para construir la Plaza Tapatía. Así que también yo soy un migrante —y ese fue mi primer cambio de ciudad.





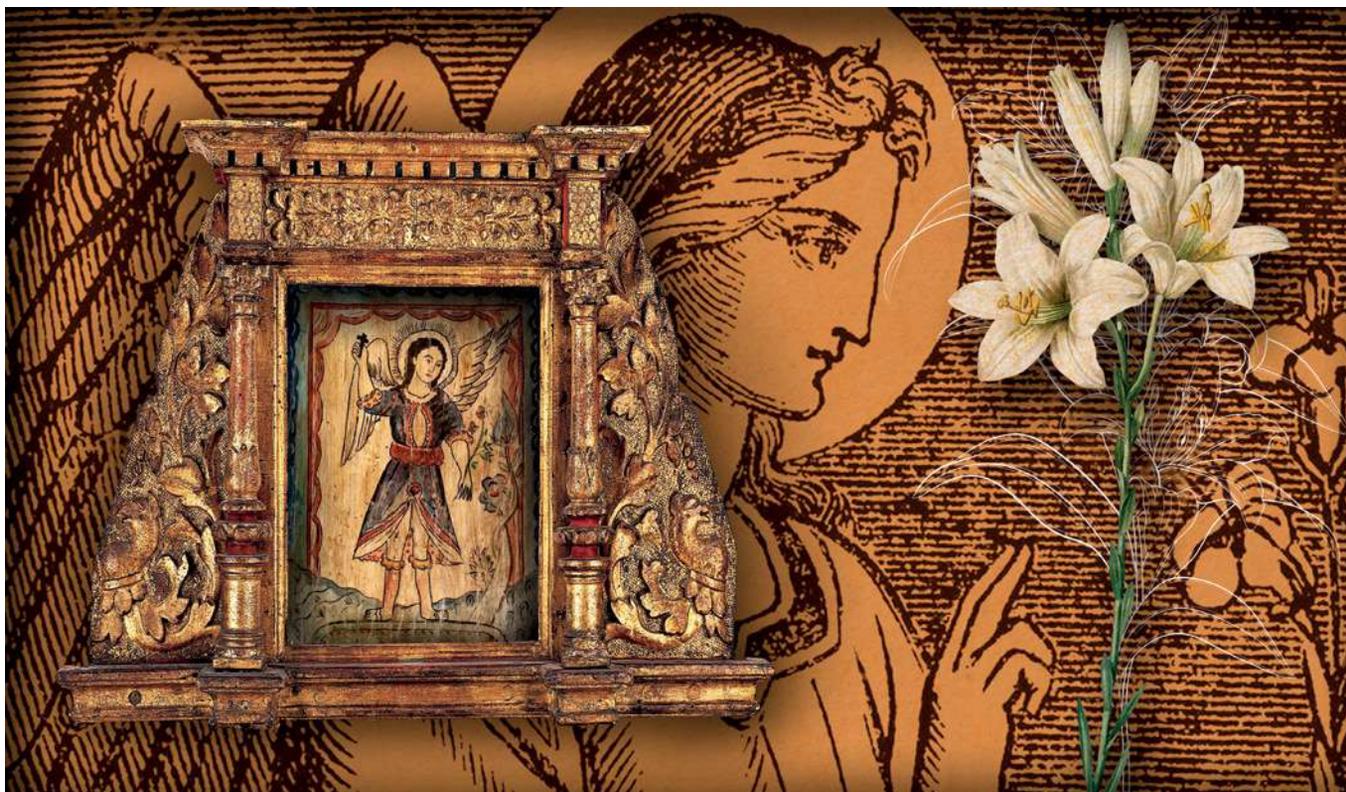
Una familia de migrantes

Todos en la familia, el que más y el que menos, hemos sido, somos y seguiremos siendo migrantes. En estos días, una sobrina está emigrando a Málaga, en España. Ella y su hijo —siete años— ya están del otro lado del charco. Su marido los alcanzará en unas semanas. Se quedó en Querétaro, donde vivían, para vender la casa, el automóvil, algunos muebles...

Tengo dos hermanas que viven con sus familias en Canadá. La mayor, María de los Ángeles, estudió medicina en la UNAM y fue a Canadá para hacer un posgrado, pero allá tropezó con un paraguayo tan brillante como ella y luego... lo de siempre. La otra, Esperanza, fue enviada por la UNAM —con marido y tres hijos, en ese tiempo chiquillos— para abrir en Ottawa una escuela de extensión académica que dirigió durante sus primeros 18 años. Después de ese tiempo fue reemplazada en la dirección de la escuela, pero, para entonces, los hijos ya se habían casado, tenían buenos trabajos, al igual que su esposo... La tercera de mis hermanas vive en México y tiene tres hijos: el mayor, un físico brillantísimo, salió para un posgrado y... actualmente vive en Dallas; la menor es la que está migrando a España; la intermedia no ha salido del país.

Siempre los seres humanos hemos vivido cambiando de lugar. Buscando mejores condiciones de vida. La inmensa mayoría de las migraciones son así, poco visibles, nada espectaculares. Pero hay otras de dimensiones épicas. Algunas hunden sus raíces en el terreno de lo legendario, lo mítico, lo sobrenatural.





San Gabriel

Enrique Trujillo González cuenta en su libro *San Gabriel y su historia a través del tiempo* que en 1574 un gran temblor, y después la “pestilencia grande” del año siguiente, y la gran erupción del volcán de Colima, en 1576, acabaron con el pueblo de Amula, en la sierra de Jalisco.

En pequeños grupos, los supervivientes se dispersaron; emprendieron un éxodo que podemos imaginar si recordamos a los peregrinos de “Talpa” o a los desplazados por los

Torrigo en “La cuesta de las comadres”. Tomaron con ellos lo poco que les había quedado, y partieron con los tercios a la espalda en busca de un lugar donde fundar otro pueblo.

Uno de esos grupos llevaba la imagen del Señor de Amula, un Cristo milagroso que desde mucho antes se veneraba en el pueblo. Un día, allí donde se cruzan los caminos de Amula a Jiquilpan y de Tuzcacuexco a Sayula, se detuvieron a descansar y colocaron la imagen a la sombra de un mezquite. La mañana siguiente, cuando quisieron reanudar el camino, no pudieron moverla. Entonces deliberaron y decidieron quedarse en ese sitio. Allí fundaron San Gabriel. Al Cristo le levantaron una iglesia de madera y tejas. El templo que hoy se ve no es el original, pero se dice que, debajo del altar se conserva el tronco del mezquite, el árbol fundador.

Creció el pueblo y luego surgió ahí cerca la Hacienda de San Gabriel, que más tarde se llamó de Nuestra Señora de Guadalupe del Salto del Agua. Los indios jiquilpenses que en aquel tiempo vivían en la región, nos dicen las crónicas, pronto comenzaron a tener conflictos con la hacienda, por cuestión de linderos “entre el peñasco del Picacho, el cerro del Comal y hasta cerca de las juntas de los ríos”, y acabaron, como casi siempre ha sucedido en distintas partes del país, por remontarse a la sierra.

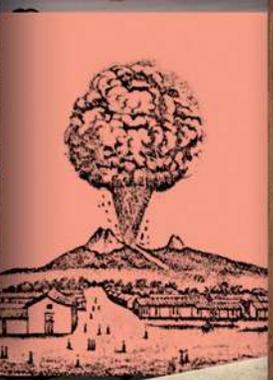
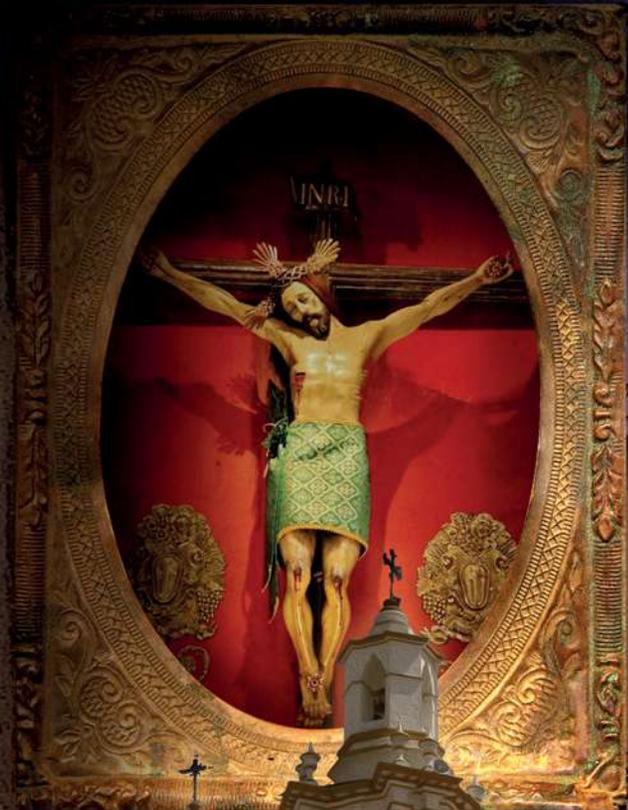
Este San Gabriel es el mismo donde posiblemente nació Juan Rulfo. El mismo que tan hermosamente describe al comenzar su cuento “En la madrugada”:

San Gabriel sale de la niebla húmedo de rocío. Las nubes de la noche durmieron sobre el pueblo buscando el calor de la gente. Ahora está por salir el sol y la niebla se levanta despacio, enrollando su sábana, dejando hebras blancas encima de los tejados. Un vapor gris, apenas visible, sube de los árboles y de la tierra mojada atraído por las nubes; pero se desvanece en seguida. Y detrás de él aparece el humo negro de las cocinas, oloroso a encino quemado, cubriendo el cielo de cenizas.

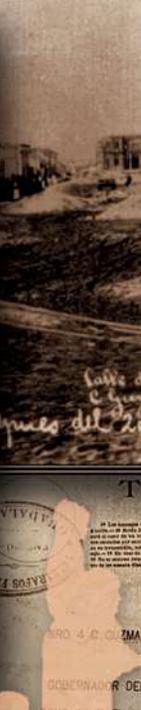
Allá lejos los cerros están todavía en sombras.

Una golondrina cruzó las calles y luego sonó el primer toque del alba.

Las luces se apagaron. Entonces una mancha como de tierra envolvió al pueblo, que siguió roncando un poco más, adormecido en el calor del amanecer.



Nº. 28. Volcan de Colima, México
Este es el famoso volcan.
Desde mi llegada, no lo he podido
ver bien, pues está siempre cubierto
de nubes; tampoco humea actualmen-
te.
Caso



Colima, 19 de octubre 1908

VIVIVA
GOVERNADOR DE
COMO DICE EN M
DAD, AVISAN DE
LA RETORNAR, S
VEGROS AJOY L
SACAR A SAN J
PRECIO ES MUE
TENTA Y RESPETU

El pueblo de Huitzilopochtli

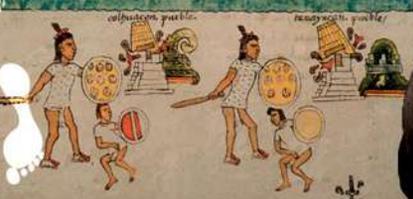
Cuando el señorío de los toltecas comenzó a declinar, en el siglo XII, los chichimecas, los pueblos del norte, comenzaron a avanzar hacia el sur.

Uno de esos pueblos fue el azteca. Según sus mitos, ellos eran la última de ocho tribus que salieron de Chicomoztoc, la caverna de los siete nichos, en Aztlán, la Tierra de las Garzas, de donde tomaron su nombre. Por órdenes de su dios Huitzilopochtli, los aztecas se pusieron en marcha —el pueblo entero— hacia el sur, en busca de un lugar que su dios les señalaría para que se establecieran. Muchas veces los aztecas se detuvieron en algún paraje y vivieron allí por algún tiempo —podía ser muy largo—; hasta que volvían a recibir la orden de que siguieran adelante.

Finalmente, después de más de 300 años, llegaron al Valle de México y se refugiaron en el señorío de Azcapotzalco, donde les permitieron instalarse en Chapultepec. Pero los aztecas atacaron a sus vecinos —colhuas, tepanecas, xochimilcas— para capturar prisioneros y sacrificarlos. Fueron rechazados, tuvieron que huir, y muchos fueron apresados, pero finalmente el señor de Culhuacán les permitió que se instalaran en Tizapán.

Tizapán estaba infestado de serpientes; permitir que los aztecas se establecieran allí quiso ser un engaño: la intención era que las víboras acabaran con ellos. Pero Huitzilopochtli les enseñó cómo cazarlas y acabaron comiéndoselas. Los aztecas le solicitaron al señor de Culhuacán que les entregara a su hija para convertirla en diosa. Lo que hicieron, por órdenes de su dios, fue sacrificar a la doncella y quitarle la piel. Con su piel y su ropa se vistió el sacerdote que recibió al padre de la muchacha cuando llegó con los aztecas. Enfurecido, el señor de Culhuacán ordenó a sus guerreros que acabaran con ellos.

El pueblo de Huitzilopochtli huyó hacia Iztapalapa y se asentó en un islote. Según la leyenda, allí encontró la señal prometida y en 1325 fundó México-Tenochtitlan.



Comienzan las grandes exploraciones

Un siglo después, Europa inició su expansión sobre África, Asia y posteriormente América. Algunas ciudades de Italia, en especial Génova y Venecia, herederas de la tradición náutica del Mediterráneo, controlaban el comercio con el Oriente, de donde venían especias —clavo, pimienta, canela, entre otras— que hacían falta para conservar y preparar los alimentos; y otros productos muy bien cotizados, como la seda y los metales preciosos. Sus exploraciones fueron posibles porque en ese tiempo los europeos ya tenían brújulas y astrolabios, y habían desarrollado tablas astronómicas que les permitían orientarse en cualquier sitio; incluso en los desiertos y en alta mar.

En 1095, el papa Urbano II incitó a la nobleza europea a que invadiera y conquistara Tierra Santa, que estaba en manos de musulmanes, para devolverla a la cristiandad. Pedro el Ermitaño, un monje menesteroso, atendió a su llamado y organizó la primera cruzada, que fracasó en forma estrepitosa. La última, la octava, fue armada en 1291. En esos 300 años de luchas hubo algunas victorias de los cristianos, pero el fracaso de la empresa, en lo militar y en lo político, fue rotundo. No así en lo comercial.

Las cruzadas le permitieron a la nobleza europea establecer centros comerciales en las costas del Mediterráneo y el Mar Negro, y apoderarse de dominios coloniales en África y en Asia. En esos mismos siglos, entre el XII y el XIV, Gengis Khan, el conquistador mongol, extendió en Asia su vastísimo imperio, lo que permitió que algunos europeos lo recorrieran de un lado a otro, abrieran nuevas rutas comerciales y aprovecharan los avances tecnológicos del Oriente.

En 1254, Mateo y Nicolás Polo, mercaderes venecianos, abrieron en el imperio mongol nuevas rutas comerciales. Al llegar a Catay, como ellos llamaron a China, fueron recibidos

por el Gran Khan Kublai. Tiempo después Nicolás regresó acompañado por su hijo Marco, un muchacho de 15 años que le cayó tan bien al Khan que lo hizo formar parte de su corte, donde permaneció a su servicio 23 años. Esta vez, los Polo regresaron a Venecia con algunas novedades: la pólvora, el papel, la letra impresa y las pastas. Lo más importante es que Marco Polo, con la ayuda del escritor, Rustichello de Pisa, escribió *El millón*, un libro que relata su viaje y que encendió la imaginación de futuros viajeros —Colón tenía un ejemplar, que había cuidadosamente anotado.

En 1453, Constantinopla, la actual Estambul, cayó en manos de los turcos y pasó a ser la capital del imperio otomano. Con esto quedaron cerradas las rutas terrestres para llegar al Oriente, y los europeos comenzaron a buscar la manera de llegar por el mar. En el siglo XV los portugueses inventaron la carabela, que tenía mayor velamen y podía llevar más carga. Un hijo del rey Juan I, Enrique el Navegante, se rodeó de marinos, astrónomos y hombres de ciencia y emprendió la exploración de las costas de África.

En 1442 el papa Nicolás V había autorizado al rey de Portugal que esclavizara a los infieles, todos quienes no fueran católicos. Con esto comenzó el bestial tráfico de esclavos que, se calcula, entre los siglos XV y XIX costó la libertad a unos 30 millones de africanos. En 1488 el portugués Bartolomé Díaz logró doblar el cabo de Buena Esperanza, en el extremo sur de África, con lo cual quedó abierto el camino al Oriente por el mar.

El mismo año en que los Reyes Católicos unificaron España y lograron expulsar de su territorio a los musulmanes que parcialmente lo habían ocupado durante 800 años, 1492, Colón firmó un acuerdo comercial con los monarcas y se lanzó a su aventura: llegar al Oriente navegando hacia el Occidente pues, como ya se sabía, la Tierra es redonda. Tocó tierra el 12 de octubre, y nunca supo que no había llegado a China, sino a un continente que los europeos no conocían. Su viaje no fue, como algunos creen, una empresa aislada. Formó parte de un movimiento que abarcó siglos, promovido por la ambición de Europa.

La inmigración española

Volvamos al siglo XX. En 1936, el general Francisco Franco se levantó en armas, en España, contra la Segunda República. Después de tres años de guerra civil, Franco triunfó y se convirtió en un dictador que estuvo al frente de su país hasta su muerte, ocurrida en 1975, 36 años después. Cambió los nombres de avenidas importantes, y destruyó y construyó monumentos creyendo que con eso estaba cambiando la historia. Persiguió ferozmente a los republicanos, quienes para salvar sus vidas se vieron obligados a salir de España. Se calcula que 150 mil de ellos emigraron a nuestro país.

Fue una migración que benefició a México de manera notable, porque muchos de esos exiliados era gente que tenía una educación y un nivel intelectual muy altos. Llegaron médicos, ingenieros, filósofos, poetas, abogados, narradores, economistas, gente de cine y de teatro, pintores, editores, periodistas. Los refugiados fundaron revistas y editoriales, abrieron escuelas, fortalecieron a universidades, museos, orquestas; ayudaron a crear tanto la Casa de España en México, que actualmente es El Colegio de México, como el Fondo de Cultura Económica, que por muchos años fue una de las editoriales más importantes en el mundo de habla española.





Los artistas del Tallor los trabajadores y el triunfo del glorioso Unidos sobre la AI



El presente

En el primer tercio del siglo XX México recibió a refugiados que venían huyendo de la recién formada Unión Soviética. El más célebre de todos, León Trotsky. Entre 1938 y 1940 llegaron más de 700 mil inmigrantes judíos, alemanes e italianos que huían de las dictaduras fascistas en Alemania e Italia. En 1954 fueron guatemaltecos que huían de su guerra civil, y estadounidenses perseguidos por el macartismo. Entre 1970 y 1990 México recibió a miles de argentinos, chilenos, peruanos, colombianos, guatemaltecos, salvadoreños, nicaragüenses, perseguidos en sus países. Y en los ochentas y los noventas fueron cubanos, coreanos, rusos y ciudadanos de las exrepúblicas soviéticas. Los mexicanos habían salido antes, durante la Revolución, y buscaron refugio sobre todo en España y en los Estados Unidos.

Las personas que viven fuera del lugar donde nacieron son hoy más numerosas que nunca. Según el Informe sobre las migraciones en el mundo 2020 de la Organización Internacional para las Migraciones, en junio de 2019 había casi 272 millones; 51 más que en 2010. Dos terceras partes habían emigrado por razones de trabajo. Casi la mitad (48%) eran mujeres, y había 38 millones de niños.

De acuerdo con el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, a finales de 2019 había 79.5 millones de personas desalojadas por la fuerza.

De ellos, 26 millones eran refugiados, estaban fuera de sus países; 45.7 millones se encontraban en sus países, eran desplazados internos; 4.2 millones se hallaban solicitando asilo, y 3.6 millones eran venezolanos en el extranjero.

Los desplazamientos masivos de personas refugiadas y migrantes afectan a todos los países, nos competen a todos. Hace falta estrechar más la cooperación entre naciones. El 16 de

septiembre de 2016 la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas acogió la Cumbre sobre los Refugiados y los Migrantes, en busca de que este grave problema sea tratado de manera humanitaria y coordinada.

En su esfuerzo por llegar a los Estados Unidos, miles de inmigrantes con situación ilegal exponen sus vidas al intentar cruzar sin papeles el territorio mexicano; de cada mil inmigrantes ilegales que cruzan por las fronteras mexicano-estadounidenses, según el Instituto Nacional de Inmigración, 400 no son mexicanos.

México ha establecido políticas de repatriación para los inmigrantes, así como la deportación obligatoria de quienes cruzan ilegalmente por el territorio nacional. El crimen organizado no solo integra a sus hechos delictivos a ciudadanos mexicanos, también hay un número considerable de personas extranjeras que han sido reclutadas de manera voluntaria u obligatoria por su ingreso ilegal al país.



Dos dedos

Dejar la tierra donde nacemos es una aventura. Muchos, como ya dije, lo hacen porque no tienen más remedio. Se trata de salvar la vida, de ser fieles a sus convicciones, de un enorme sacrificio. Otros lo hacen porque en ellos alienta el espíritu de descubrir lo que hay más allá de las montañas que vemos. Porque persiguen un sueño: quieren encontrar la fuente de la eterna juventud o la tierra de las amazonas. Los migrantes van por la vida y a su paso van dejando huellas, aunque no se lo propongan. Así lo hizo mi abuelo y voy a contarle porque quiero terminar con él, como empecé.

El abuelo Benito siempre fue maestro. En Torreón tuvo dos escuelas, con su mujer. Luego se quedó viudo. Cuando perdió las escuelas se dedicó a perseguir sus fantasmas. Era andarín. Podía pasar la tarde caminando una sola calle, hasta donde acabara, en algún ejido de las afueras, y en seguida la vuelta, ya anocheciendo. Le gustaban las muchachas, el coñac, cantar en francés y tocar el piano. En la mano izquierda le faltaban los dedos anular y cordial; un accidente de caza, decía. Pasó sus últimos días dando clases de piano y de francés. Si había bebido podían ser simultáneas, y las cobraba al doble. Aún hay por ahí, en Torreón, quienes aprendieron con él a tocar. Uno los reconoce enseguida. Antes de atacar las teclas doblan los dedos que les sobran.

Los seres humanos surgimos en África y comenzamos a migrar. Ahora hemos poblado el mundo. Lo hemos hecho y lo estamos haciendo con indecible violencia. Pero, al mismo tiempo, esos constantes movimientos de personas y de pueblos enteros siempre han estado acompañados de las más diversas formas de mestizaje, de mezclas entre mujeres y hombres de distintas procedencias.

En 1925, en Barcelona, se publicó *La Raza Cósmica*, obra de José Vasconcelos, un eminente pensador mexicano. La tesis central de ese libro es que los distintos pueblos del mundo tienden a mezclarse cada vez más, y que formarán un nuevo tipo humano, compuesto por

la mezcla de todos. Frente a las muchas formas de violencia que actualmente acompañan a las migraciones, es posible que ésa sea la única respuesta: un mundo construido entre todos. Un mundo habitado por una misma familia.



PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR



MIGRACIÓN, INCLUSIÓN, DIVERSIDAD Y DERECHOS HUMANOS

En esta sección ofrecemos algunos elementos de análisis que pueden motivar y facilitar la reflexión y el diálogo sobre la migración, un tema importante en la historia de la humanidad y en el momento actual de nuestro país.

Este libro reviste una característica especial: cuenta la historia familiar del autor de manera paralela a la historia de la migración humana desde tiempos inmemorables. Se pretende que quien lo lea se acerque a la migración como un fenómeno que ha existido a lo largo de la historia de la humanidad, que no es exclusivo de México y que sucede en todo el mundo.

Estas últimas páginas recogen los conceptos más importantes que se abordan en *Una misma familia*, para que puedan ser identificados en diferentes momentos de la narración:

[...] no debemos olvidar que los seres humanos nacieron nómadas. Desde nuestro más remoto origen hemos sido migrantes. Los que dejan un lugar salen de él, emigran, van hacia afuera, son emigrantes. Los que llegan a un lugar entran en él, inmigran, van hacia dentro, son inmigrantes.

[...] Según lo que sabemos, los seres humanos surgieron en África, y a partir de ahí, a lo largo de muchos miles de años, se fueron esparciendo por el mundo.

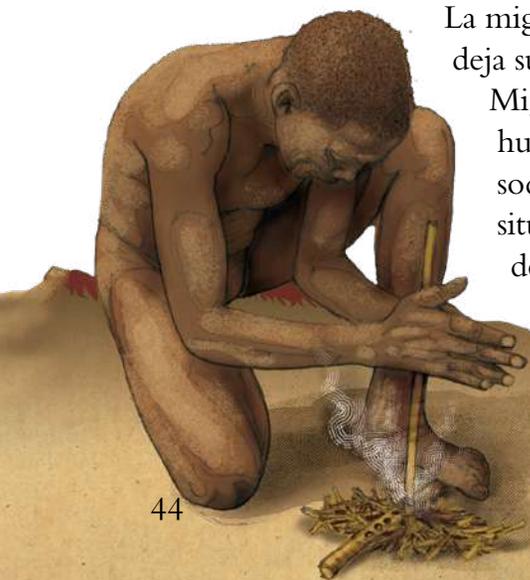
La migración humana puede definirse como un proceso en el cual una persona deja su lugar de origen o residencia para trasladarse a un sitio diferente.

Migrar en busca de oportunidades ha sido una constante en la historia de la humanidad. Las posibles causas suelen ser guerras, enfermedades, conflictos sociales, desastres naturales, reconfiguraciones fronterizas, entre otras situaciones. Puede ser nacional, o interna, cuando las personas se desplazan dentro de su país, o internacional, o externa, cuando se trasladan a otro.

Otra posibilidad es que sea permanente, de larga duración o breve.

Incluso hay ocasiones en que la migración es cíclica.

La familia de Felipe Garrido tiene una historia de migrantes: desde sus abuelos hasta sus nietos, por distintos motivos



han cambiado varias veces su lugar de residencia a un diferente continente, país y entidad de la República mexicana.

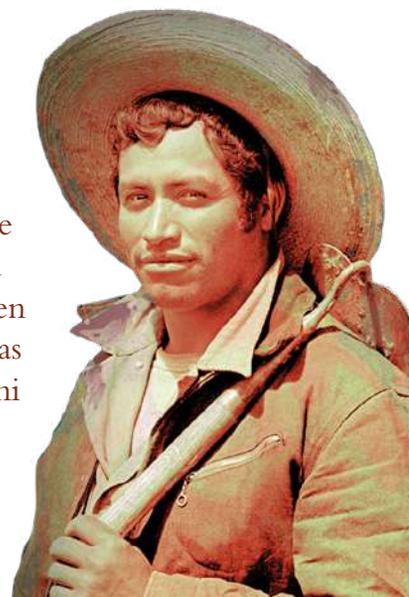
Todos en la familia, el que más y el que menos, hemos sido, somos y seguiremos siendo migrantes.



[...] No sé dónde nació mi abuelo, pero cuando mi padre llegó al mundo la familia vivía en Miravalles —Ugao-Miraballes se llama el pueblo en el idioma de los vascos, el euskera o vascuence—, una aldea que tiene, actualmente, menos de cinco mil habitantes y que está a unos cuantos kilómetros de Bilbao, en el norte de la península ibérica. Su esposa, mi abuela, Leonor Salazar era, como lo prueba su apellido, de familia vasca. Pero el Garrido de mi abuelo es castellano, lo que significa que en algún momento sus antepasados dejaron el centro de aquel país para irse a vivir al norte. Mi abuelo, pues, era un inmigrante. Su familia dejó el lugar donde vivía para irse a instalar en otro sitio.

Mi abuelo era un hombre inquieto, de espíritu aventurero, un emprendedor. Y un día fue invitado, por gente que lo conocía, a cruzar el mar para ir a América. A una ciudad que hasta entonces ni siquiera había oído nombrar: Torreón.

[...] Los tiempos cambiaron, La Laguna sufrió altibajos en el proceso de asimilar las consecuencias del reparto agrario del presidente Cárdenas, y los patrones de mi padre buscaron nuevos lugares para seguir adelante con sus negocios. Mi padre fue a Guadalajara para abrir una fábrica de huaraches. Cuando se instalaron en su nueva ciudad mi madre iba embarazada. Yo nací en la calle de Hospicio, en casa, en el edificio donde vivían mis padres, una de las construcciones que fueron arrasadas para construir la Plaza Tapatía. Así que también yo soy un migrante —y ese fue mi primer cambio de ciudad.





[...] Las guerras han provocado siempre desplazamientos y migraciones, lo mismo de multitudes, de pueblos enteros, que de mujeres y hombres empeñados en salir adelante.

El modelo actual de migración se caracteriza porque está inserto en la dinámica de la globalización económica, en el marco de un mundo profundamente desigual. Los y las migrantes nacionales e internacionales son un grupo particularmente vulnerable, pues a su condición de pobreza en sus lugares de origen se suman el desarraigo y el agravamiento de su situación de precariedad social; así lo muestran los indicadores consultados. En especial, son difíciles las condiciones de las jornaleras y los jornaleros agrícolas migrantes quienes, en su mayoría y cuando se trata de personas de origen indígena, tienen niveles de pobreza muy altos. Los siguientes párrafos del libro lo plasman de manera muy clara:

Por causa de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), muchos jóvenes estadounidenses fueron reclutados para que fueran a pelear o para que se incorporaran a la industria militar, con lo cual creció la demanda de mano de obra en los Estados Unidos. Muchos mexicanos lo aprovecharon.

En ese tiempo se les llamó braceros porque aportaban la fuerza de sus brazos. Muchos cumplieron con los requisitos legales, pero otros prefirieron o tuvieron que entrar de manera ilegal. El río Bravo era la barrera principal y ellos lo cruzaron: se les llamó espaldas mojadas o, simplemente, mojados —ahora llamamos indocumentados a quienes entran ilegalmente a otro país.

[...] En ocasiones, la violencia ha provocado, en las sierras de Michoacán, Guerrero, Oaxaca, en otros sitios igualmente apartados, que los pobladores de algunas comunidades muy pequeñas, donde no hay quien se encargue de mantener el orden, tomen sus animalitos y sus muy escasas pertenencias, y busquen acercarse a poblaciones mayores. Son desplazados que se ven obligados a emigrar.

La Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos protege a las y los ciudadanos nacionales que radican en el exterior de nuestro país, así como también a las y los migrantes provenientes de diferentes naciones. Entre otros, podemos mencionar los siguientes artículos:



“Artículo 1º. En los Estados Unidos Mexicanos todas las personas gozarán de los derechos humanos reconocidos en esta Constitución y en los tratados internacionales de los que el Estado mexicano sea parte, así como de las garantías para su protección, cuyo ejercicio no podrá restringirse ni suspenderse, salvo en los casos y bajo las condiciones que esta Constitución establece”.

“[...] Queda prohibida toda discriminación motivada por origen étnico o nacional, el género, la edad, las discapacidades, la condición social, las condiciones de salud, la religión, las opiniones, las preferencias sexuales, el estado civil o cualquier otra que atente contra la dignidad humana y tenga por objeto anular o menoscabar los derechos y libertades de las personas”.



La norma anterior ha dado origen al Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación, el cual tiene, entre otros objetivos: formular y promover políticas públicas para la igualdad de oportunidades y de trato a favor de las personas que se encuentren en territorio nacional. Asimismo, la Comisión Nacional de los Derechos Humanos es la instancia del Estado mexicano responsable de promover la defensa de los derechos humanos en el país.

Como hemos visto, existen razones de diferente índole que originan las migraciones. Por fortuna, fuera de nuestro territorio, las y los mexicanos seguimos contando con nuestra ciudadanía y con nuestros derechos, entre ellos el de votar en el extranjero. Pero también debemos tener empatía, observar un comportamiento respetuoso y actuar sin prejuicios ni conductas excluyentes o discriminatorias con las personas que migran a nuestro país o están en tránsito a otros en busca de mejores condiciones de vida.





UNA MISMA FAMILIA. MIGRACIÓN Y MESTIZAJE

Se utilizaron las familias tipográficas Bembo Std, Italic y Semibold.



MAURICIO GÓMEZ MORIN nació en la Ciudad de México en 1956. Se inició en las artes rayando paredes y pupitres. Estudió grabado en el Taller de Gráfica Popular y pintura en la Escuela de Pintura y Escultura “La Esmeralda”. Fue miembro del colectivo plástico Germinal y del Frente Mexicano de Trabajadores de la Cultura. Con este mismo grupo colaboró en 1980 con el Ministerio de Cultura de Nicaragua. Fue docente en la licenciatura de Diseño Gráfico de la UAM.

Ha realizado 17 exposiciones individuales y más de 60 colectivas. Ha trabajado como ilustrador en los periódicos *La Jornada*, *Reforma*, *El Universal* y *Excélsior*, y en las revistas *Letras Libres*, *Este País*, *Punto de partida* y de la UNAM. Ha ilustrado 61 libros infantiles y juveniles.

Fue director de Arte de las colecciones infantiles del FCE y gerente de Diseño del Grupo Santillana. Obtuvo el primer premio en la Bienal de Gráfica de 1983 del INBA, mención honorífica en la Primera Bienal de Dibujo y Grabado Diego Rivera, y mención honorífica en el III Premio Internacional del Libro Ilustrado Infantil y Juvenil. Ha sido nominado a los premios Hans Christian Andersen del gobierno danés y Astrid Lindgren del gobierno sueco. Fue elegido embajador de la Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil 2016.



Este volumen forma parte de la colección **Árbol**, cuyo objetivo es contribuir a la cultura ciudadana de niñas, niños y adolescentes a través de atractivas historias que motiven la reflexión y participación activa en la sociedad, en este caso lo relativo a los derechos de las y los mexicanos que radican en otros países y de la población migrante que llega o transita por nuestro territorio en busca de mejores condiciones de vida.

Una misma familia. Migración y mestizaje ofrece dos interesantes historias: la de la familia del autor y la de la migración en el mundo, desde la prehistoria hasta nuestros días.

Las páginas finales incluyen un apartado destinado a que las y los jóvenes conversen y reflexionen sobre los conceptos abordados en la narración.